

Día de Muertos

Ofrenda, Misticismo y Tradición mexicana.



La Catrina, José Guadalupe Posada

Compilador:

Juan Antonio Guerrero



Los orígenes.

Mictlantecuhtli, "señor de la región de los muertos" y miembro del panteón nahua, es uno de los principales puntos de partida de la antiquísima tradición nahuatl consistente en la dualidad vida-muerte, principio fundamental que inspiraba a la cosmogonía y cosmovisión de aquel entonces.

Las fiestas del mes de Tepeihuitl y del mes de Quecholli, en las que se honraba a los ahogados o en los que se quemaban flechas y teas en los sepulcros fueron los antecesores de lo que, incluso en Yucatán bajo la influencia maya y durante la época

independiente, se denominó como el Uahilcol, fiestas en las que los ascendientes se agasajaban en banquetes con sus difuntos descendientes.

Cuando alguien moría, tenía diversos destinos de acuerdo a distintos factores que podían atender a su propia condición o bien, a las circunstancias en las cuales pereció. Así, generalmente los muertos iban a Mitlan o lugar de los muertos; aquellos que morían ahogados iban al Tlalocan o lugar de Tlaloc; quienes morían en parto o batalla, tenían como destino la casa del sol, y para los adúlteros era Tezcatlipoca quien

aguardaba.



Mictlantecuhtli era el dios de los muertos. Los que morían de muerte natural iban a "Mictlan"

LOS AZTECAS Y EL CULTO A LA MUERTE

La fiesta de muertos está vinculada con el calendario agrícola prehispánico, porque es la única fiesta que se celebraba cuando iniciaba la recolección o cosecha. Es decir, es el primer gran banquete después de la temporada de escasez de los meses anteriores y que se compartía hasta con los muertos

En la cultura Náhuatl se consideraba que el destino del hombre era perecer. Este concepto se detecta en los escritos que sobre esa época se tienen. Por ejemplo, existe un poema del rey y poeta Netzahualcóyotl (1391-1472):

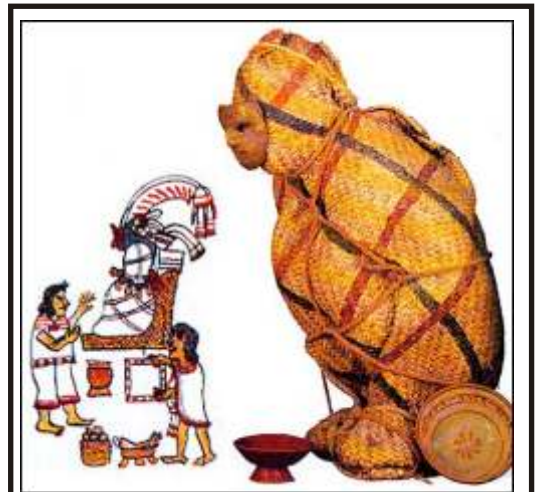
Somos mortales
 todos habremos de irnos,
 todos habremos de morir en la tierra...
 Como una pintura,
 todos iremos borrando.
 Como una flor,
 nos iremos secando
 aquí sobre la tierra...

Meditadlo, señores águilas y tigres,
 aunque fuerais de jade,
 aunque fuerais de oro,
 también allá iréis
 al lugar de los descansos.
 Tendremos que despertar,
 nadie habrá de quedar.

Este sentimiento de la representación del destino se debe entender en el sentido de que el pueblo azteca se concebían como soldados del Sol, cuyos ritos contribuían a fortalecer al Sol-Tonatiuh en su combate divino contra las estrellas, símbolos del mal y de la noche o de la oscuridad. Los aztecas ofrecían sacrificios a sus dioses y, en justa retribución, éstos derramaban sobre la humanidad la luz o el día y la lluvia para hacer crecer la vida.

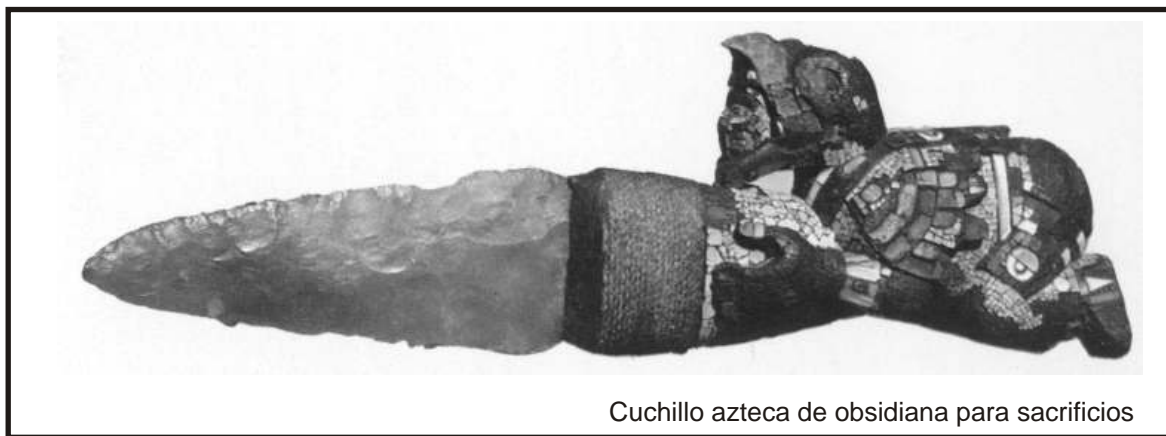
El culto a la muerte es uno de los elementos básicos de la religión de los antiguos mexicanos. Creían que la muerte y la vida constituyen una unidad. Para los pueblos prehispánicos la muerte no es el fin de la existencia, es un camino de transición hacia algo mejor.

Esto salta a la vista en los símbolos que encontramos en su arquitectura, escultura y cerámica, así como en los cantos poéticos donde se evidencia el dolor y la angustia que provoca el paso a la muerte, al Mictlán, lugar de los muertos o descarnados que esperan como destino más benigno los paraísos del Tlalocan.



Los habitantes de mesoamérica creían que después de morir, continuarían viviendo en otro modo. los muertos eran enterrados con toda case de objetos que pudieran serles útil en su viaje al Mictlan.

El concepto del sacrificio humano.



Cuchillo azteca de obsidiana para sacrificios

El sacrificio de muerte no es un propósito personal; la muerte se justifica en el bien colectivo, la continuidad de la creación; importa la salud del mundo y no entraña la salvación individual. Los muertos desaparecen para volver al mundo de las sombras, para fundirse al aire, al fuego y a la tierra; regresa a la esencia que anima el universo.

Los sacrificios humanos se consideran como el tributo que los pueblos vencedores

pagaban a sus dioses, y ellos a su vez alimentaban la vida del universo y a su sociedad.

El sentido de la ofrenda de sangre humana (y en menor medida de animales) era alimentar a las deidades solares para asegurarse la continuidad de su aparición cada día y con ella la permanencia de la vida humana, animal y vegetal sobre la Tierra.

La región de los muertos.

Las zonas privilegiadas del Mictlán donde llegaban directamente los militares muertos en combate o en la piedra de los sacrificios (techcal), era el Tonatiuhuichan (casa del sol). El Cincalco (casa del maíz) destinado a las mujeres que murieron en el parto, y el Tlalocan (aposento de Tlaloc) morada para los ahogados o muertos por el rayo.



Mictlantecuhtli
Pectoral de oro mixteca que se conserva en el Museo Nacional de Antropología de México y que representa al dios de la muerte Mictlantecuhtli.

El Mictlán, custodiado por Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl (el señor y la señora de la mansión de los muertos, también recitaba las almas de los demás difuntos y las sometía a prueba. Primero tenía que atravesar un caudaloso río, por eso se enterraba un techichi (perro) junto al muerto para que lo auxiliara en ese trance; el espíritu pasaría después por dos abruptas montañas; luego por un monte de obsidiana; de ahí a donde

sopla el viento helado; a continuación donde flotan las banderas; el sexto tramo es donde se lanzan las flechas; en el séptimo infierno están las fieras que se comen los corazones. Se cruzaba por el lugar pedregoso y se llegaba a Chignahuimictlán (9 capas del Mictlán) que es donde descansan y desaparecen las almas. Cuatro años tardaban las almas en cruzar estos parajes antes de llegar a la región de las sombras, donde se perdían para siempre.

Al cadáver, amortajado en Micapetlacalli (petate de muerto) se le anexaban amuletos para que lo ayudaran a soportar las pruebas del camino; se colocaba un jarro de agua, papeles de colores, un perro, se quemaba la ropa que había usado; le ponían en la boca una cuenta de jade y varios objetos valiosos para que los entregara a Mictlantecuhtli al final de su jornada. Micailhuitontli Hueymicaihuatl.

Las fechas mexicas y europeas.

Después de muerto, a los ochenta días, le hacían una ofrenda suntuosa y después de cada año, durante cuatro años la transferían para mediados del mes de octubre.

Las almas de los difuntos tienen autorización del más allá, para venir a la tierra a visitar a sus parientes los días destinados para honrar su memoria. Las fechas del ritual se han cambiado, tanto del calendario europeo como del Tonalámatl mexicano para coincidir los días 1 y 2 de noviembre.



Bonifacio IV, instituyó la festividad de todos los santos el día 1º de noviembre del 615, en honor de la santísima Virgen María y de los Mártires.



Odilón, el gran Abad de Cluny, Avenion, Francia (952-1040) de la orden de san Benito inició la conmemoración de los fieles difuntos el día 2 de noviembre.



Tradición y magia.



Esta celebración conserva mucha de la influencia prehispánica del culto a los muertos, las encontramos en Tláhuac, Xochimilco y

Mixquic, lugares cercanos a la ciudad de México.

En el estado de Michoacán las ceremonias más importantes son las de los indios purépechas del famoso lago de Pátzcuaro, especialmente en la isla de Janitzio. Igualmente importantes son las ceremonias que se hacen en poblados del Istmo de Tehuantepec, Oaxaca y en Cuetzalán, Puebla.

Sobre sus altares encienden velas de cera, queman incienso en bracerillos de barro cocido, colocan imágenes cristianas: un crucifijo y la virgen de Guadalupe. Ponen retratos de sus seres fallecidos. En platos de barro cocido se colocan los alimentos, estos son productos que generalmente ahí se consumen, platillos propios de la región. Bebidas embriagantes o vasos con agua, jugos de frutas, panes de muerto, adornados con azúcar roja que simula la sangre. Galletas, frutas de horno y dulces hechos con calabaza.



Jarabe, dibujo de José Guadalupe Posada

Las calaveras.

Más allá del tzompantli o muro de las calaveras del glorioso México-Tenochtitlan, el cual representaba importantes eventos bélicos así como el sacrificio de jefes adversos al Imperio, encontramos en el México postcolonial una suerte de calaveras que dista "tan sólo un poco" de aquellos valetudinarios significados. Y es que hoy, en festivos versos llamados "calaveras" se encuentran los epitafios, que de manera graciosa e incluso pueril, nos hablan de los personajes vivos a quienes dichas composiciones están destinados con la intención de criticarlos, zaherirlos o simplemente reírnos de ellos.

Por rumbos de la escuela, dicen que anda la muerte, con gran cantidad de ganas y con muy poco de suerte. En las aulas de la Prepa son muy afortunados, pues dicen que la muerte les hace los mandados. Al panteón de la ciudad, a los maestros se llevaron y a los chavos de la Prepa, sin estudios los dejaron. Los estudiantes, descontentos,

con la huesuda se enojaron y en la puerta de la Prepa, a patadas la sacaron.



SENTIDO MEXICANO DE LA MUERTE

En el México contemporáneo tenemos un sentimiento especial ante el fenómeno natural que es la muerte y el dolor que nos produce. La muerte es como un espejo que refleja la forma en que hemos vivido y nuestro arrepentimiento. Cuando la muerte llega, nos ilumina la vida. Si nuestra muerte carece de sentido, tampoco lo tuvo la vida, "dime como mueres y te diré como eres"

Haciendo una confrontación de los cultos prehispánicos y la religión cristiana, se sostiene que la muerte no es el fin natural de la vida, sino fase de un ciclo infinito. Vida, muerte y resurrección son los estadios del proceso que nos enseña la religión Cristiana. De acuerdo con el concepto prehispánico de la muerte, el sacrificio de la muerte -el acto de morir- es el acceder al proceso creador que da la vida. El cuerpo muere y el espíritu es entregado a Dios (a los dioses) como la deuda contraída por habernos dado la vida.

Las creencias vuelven a unirse en cuanto que la vida sólo se justifica y trasciende cuando se realiza en la muerte.

La creencia de la muerte es el fin inevitable de un proceso natural. Lo vemos todos los días, las flores nacen y después mueren. Los animales nacen y después mueren. Nosotros nacemos, crecemos, nos reproducimos en nuestros hijos, después nos hacemos viejos y morimos. A menudo en un accidente

perdemos a nuestros seres queridos, un amigo, un hijo o un hermano.

Es un hecho que la muerte existe, pero nadie piensa en su propia muerte. En las culturas contemporáneas la "muerte" es una palabra que no se pronuncia. Los mexicanos tampoco pensamos en nuestra propia muerte, pero no le tenemos miedo porque la fe religiosa nos da la fuerza para reconocerla y porque quizás también somos un poco indiferentes a la vida, supongo que así es como nos justificamos.

El desprecio, el miedo y el dolor que sentimos hacia la muerte se unen al culto que le profesamos. Es decir, que la muerte puede ser una venganza a la vida, porque nos libera de aquellas vanidades con las que vivimos y nos convierte, al final, a todos por igual en lo que somos, un montón de huesos.

Entonces la muerte se vuelve jocosa e irónica, la llamamos "calaca", "huesuda", "dentona", la "flaca", la "parca". Al hecho de morir de damos definiciones como "petatearse", "estirar la pata", "pelarse" morir. Estas expresiones son permiten jugar y en tono de burla hacer refranes y versos.

En nuestros juegos está presente con las calaveritas de azúcar o recortes de papel, esqueletos coloridos, piñatas de esqueletos, títeres de esqueletos y cuando hacemos dibujos en caricaturas o historietas.



Las fechas:

- 28 de Octubre: accidentes, asesinados.
- 29 de Octubre: ahogados.
- 30 de Octubre: mujeres muertas en el parto.
- 31 de Octubre: niños que nacieron muertos.
- 1º de Noviembre: Niños y adultos, Todos los santos.
- 2 de Noviembre: fieles difuntos.



Don Quijote y Sancho, José Guadalupe Posada.